

CHILENGO: TESTIMONIOS Y LUGARES DE MEMORIA A 50 AÑOS DEL EXILIO CHILENO EN CIUDAD DE MÉXICO

RODRIGO NAVARRO-VUSKOVIC

Universidad Nacional Autónoma de México, México

ra.vuskovic@gmail.com

<https://orcid.org/0009-0007-2546-6981>

Ensayo aceptado el 12 de julio de 2023.

Cómo citar este ensayo:

Navarro, R. (2023). Chilengo: testimonios y lugares de memoria a 50 años del exilio chileno en Ciudad de México. *Revista Palabra y Razón*, 23, pp. 202-217. <https://doi.org/10.29035/pyr.23.202>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

I. Presentación

A diferencia de otras obras que abordan el estudio del exilio desde un punto de vista sociológico o de análisis político, este trabajo aporta un conocimiento testimonial del exilio como condición cotidiana que se vive hasta el día de hoy y que transita el límite entre la oralidad, la escritura, otras *mediatizaciones* y el olvido.

El 6 de junio de 2008, 'El Correo Ilustrado' del diario *La Jornada* publicó una invitación de la Delegación Magdalena Contreras a asistir a una serie de 'actos de conmemoración', o 'actos mnemónicos' (Cassigoli, 2010; Moya *et al.*, 2012), organizados con motivo del centenario del nacimiento ex-presidente Salvador Allende. El programa del 7 de junio incluía la presentación de una obra de teatro titulada *La copia feliz del Edén*, la cual escribí, musicalicé y dirigí. Con tal puesta en escena inició mi colaboración con esta asociación que en aquel entonces presidía Nelly Cartes. Mi vínculo con ellos continuó hasta 2014 bajo sucesivos dirigentes del exilio chileno en México (Hugo Gómez, María Eugenia Monsalve y Ángel Hoces). Ya en 2017, sin estar formalmente ligado a la asociación, participé en muchas de sus actividades interpretando música original y de compositores chilenos, realizando entrevistas, levantando testimonios y levantando trabajo etnográfico.

Estas experiencias, el conjunto de entrevistas y testimonios, más las conversaciones que en distintos eventos tuve con diversas personas, constituyen las fuentes primordiales de esta historia. Este escrito es una transcripción de su memoria, comprendida como una práctica de reflexión sobre lo propio, sobre las experiencias particulares que identifican a cada quien entre la multitud diversa. Memoria como una práctica de reflexión sobre la sustancia que dejamos en el domicilio más íntimo de nuestra identidad. Como una práctica del (re)presentarse. Así, este conjunto de testimonios y relatos constituyen una historia parcial del exilio chileno en México que aporta a la construcción de una más amplia que abarca el periodo de los últimos 50 años. Su escritura es producto de un proceso de registro sistemático, transcripción y análisis de diálogos, conversaciones, testimonios y entrevistas recopilados durante los años 2016 a 2023. Antes de enviarlo para su posible publicación, el texto final fue revisado por los interlocutores originales de las transcripciones, o sus familiares.

Además de la dimensión temporal, esta historia intenta reconstruir una historia espacial basada en ocho lugares de memoria que son representativos del exilio chileno en Ciudad de México. En los testimonios se alude recurrentemente a ellos; por esto considero que el mayor aporte de este trabajo es un análisis de esos lugares de memoria que apenas

son enumerados en los estudios de Claudia Rojas sobre la Casa de Chile, particularmente en su tesis de doctorado titulada *El exilio político chileno: la casa de Chile en México (1973-1993): una experiencia singular* publicada el 2013 en la Universidad de Santiago de Chile.

2. La historia según me la contaron

2.1 Las embajadas. Santiago de Chile

En 1970 el triunfo de la Unidad Popular (UP) llevó a Salvador Allende a ser el presidente de Chile. El proyecto político no fue bien recibido por las élites empresariales, políticas y militares del país, tampoco por el gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica que a través de la CIA y dichas élites apoyaron un Golpe de Estado en 1973.

Nadie pensó que iba a ser así el golpe, con tanta maldad, con tanto odio. Nadie lo pensó. Por eso es que nos pillaron así, calatitos¹, como se dice en Chile. No estábamos preparados para un golpe así [...] Porque hicieron una guerra de algo que no era guerra, porque nosotros no estábamos armados. Fue feo el Golpe de Estado chileno. (A. O.)²

Hubo toque de queda y a quien desobedecía se le asesinaba en el acto. Súbitamente se volvió mortal transitar por el propio territorio. Si bien se le asocia al destierro, el exilio comenzó en la propia tierra. Las ciudades y pueblos, las plazas, los caminos y las casas que les eran tan propios, tan suyos, tan cotidianos, de pronto se volvieron amenazantes para la población en general y especialmente para quienes se habían constituido como el principal enemigo del nuevo régimen cívico-militar: ‘los marxistas’.

Para muchas personas la ruta de escape fue terrestre y se exiliaron hacia Argentina, Bolivia y Perú. Para otras, las rutas de escape aéreas comenzaron en las embajadas.

Organizamos una toma de embajada, que creo que era la de Honduras, creo, porque era la única embajada que no tenía carabineros en la puerta. [...] No estaban los embajadores y cuando llegaron se encontraron con la novedad de este grupo de chilenos que se había tomado la embajada. (M. E. M.)

¹ Diminutivo de desnudos.

² Las iniciales mayúsculas entre paréntesis son una abreviación del nombre de la persona que entregó dicho testimonio. Esta indicación se repetirá en el resto de los testimonios.

En la residencia del embajador me encontré con todo el rollo de las clases sociales ahí adentro, porque había unos cuartos abajo y me peleé con Luis Maira que después fue embajador acá, por lo mismo, por clasistas, ahí me peleé con algunas “cacas grandes”, me peleé con dos o tres. ¿Porqué me peleé? Porque habíamos como más de cien personas, entonces cuando muestran en un recorrido por la casa todo muy romántico ¡mentira! ¿De qué están hablando? ¡Habíamos como cien o más gentes ahí! Había gente durmiendo una en cada escalón de la escalera y ahí lo ponen como que “nos poníamos a lavar los patos” ¡Las webas! Había gente que no quería mover un dedo. Ahí adentro se reproducía el mismo esquema. Y me peleé, porque mientras estábamos hacinados, porque estábamos hacinados realmente ahí, que le llamaban los Búfalos a ese cuarto... por supuesto no había un baño para cada dos personas, obviamente. Entonces la L, la F, la J y la hija de la L se agandallaron una habitación para ellas con baño en la recámara, mientras afuera habíamos un montonal con dos baños y durmiendo casi casi unos arriba de otros. (M. I. V.)

El tránsito aéreo evoca la incertidumbre de ir desde una sociedad rota hacia otra imaginada gracias a la industria cinematográfica y musical que catapultaron a Cantinflas, María Félix y Jorge Negrete como iconos representativos de México. Los exiliados iban hacia una cultura de grandes relatos, de una ciudad llamada *Tenochtitlán* y un conquistador llamado Hernán Cortés. Pero eso era poca información para sobrevivir en una sociedad que ciertamente no era la misma. El desconocimiento y la diferencia cultural fueron tan profundos que incluso la necesaria práctica de comer era vivida como un problema.

El único platillo mexicano que yo sabía que existía se llamaba “enchiladas”, no tenía idea ni me imaginaba porqué se llamarían enchiladas. Cuando llegamos acá y vimos que al ají se le decía chile ahí empezamos a vincular un poco que enchiladas sería algo con chile. Cuando llegamos [...] y me preguntaron –¿Qué quiere comer? dije –enchiladas. No sabía de los tacos, ni de ningún otro de los mil platillos mexicanos. (A. H.)

2.2 Los hoteles. Distrito Federal

Luis Echeverría llegó a la presidencia de México en 1970. Su gobierno heredó procesos de urbanización masiva que iban formando el Distrito Federal. En 1973, el presidente y la primera dama, María Esther Zuno, abrieron las posibilidades para que los primeros asilados llegaran a varios hoteles

ubicados en el centro de la ciudad: el Hotel Versailles, el Hotel del Bosque, el Hotel San Diego y el Gran Hotel de la Ciudad de México.

Yo traía 48 dólares que me juntaron mis compañeros bomberos en los últimos momentos cuando supieron que tenía que viajar, me juntaron ese dinero entre todos. Con falta de dinero, falta de conocimiento, llegamos a un hotel absolutamente impagable para nosotros. (A. H.)

En los testimonios se valora positivamente a la pareja presidencial y hay quien, con admiración, me ha mostrado una fotografía en la cual aparece retratado junto a Luis Echeverría. Es más, con el paso del tiempo, él extendió reiteradas invitaciones a integrantes del exilio para que lo visitaran en su casa ubicada en San Jerónimo Lídice, al sur de la ciudad. Le gustaba escuchar los testimonios de aquel grupo de chilenos que le debían la vida.

Ya desde finales de 1973 hay intentos por (re)organizar políticamente al exilio. Se replicó la estructura de la UP a través de los presidentes y representantes de los diversos partidos. También se recuerda el deseo, el anhelo apremiante, de regresar a Chile lo más pronto posible.

Ahí llegamos a soñar en volver po. Eso me duró como cinco años. Tú siempre piensas en volver, pero no podías con Pinochet ahí. (A. O.)

A los poquitos días se estructuró la Unidad Popular con los jefes de los distintos partidos y todos luchábamos por mantener esa unidad. Porque nos unimos por una cuestión evidente: veníamos de la balacera, de la tortura [...] Esta fue una primera etapa que duró varios meses. Pero, una vez que empezó a ponerse demasiado grande el exilio nos mandaron a Iztapalapa. (A. H.)

2.3 Iztapalapa. Sur 89

El conjunto habitacional conocido como 'Iztapalapa' se ubica en la colonia Cacama, al oriente de la ciudad. Son unos edificios de cinco pisos pintados de amarillo y bordes rojos. Solo una parte de la unidad se encontraba habitable. Ahí llegaron 500 familias aproximadamente.

Eso nos permitió estar otro tiempo juntos y estructurarnos y se formó una primera directiva que es la primera organización formal de todos. La directiva de Iztapalapa, que era un poco la directiva de la Unidad Popular. Yo fui secretario de eso. Y uno de los departamentitos se habilitó como oficina, que era a su vez oficina de empleo, de enganche, ahí llegaban los donativos,

llegaban los españoles. El exilio español nos ayudaba mucho y traían comida y ahí se organizaba la distribución de la comida. El gobierno mexicano, de las cosas que había retirado por contrabando de las aduanas, de ahí nos mandaba ropa y toda esa ropa para nosotros era un lujo. (A. H.)

La comunidad del exilio se fue haciendo cada vez más grande; ello propició que la organización política se fortaleciera por el objetivo en común de regresar. Además, llegaron militantes que habían sido dirigentes y fueron quienes institucionalizaron la organización.

En eso llegan los próceres aquí a México. Naturalmente que todos reconocieron en ellos que tenían otro tipo de habilidades. Nuestros contactos con el gobierno mexicano eran como –Fíjense que necesitamos un plancha, weon, [ríe] pa planchar, weon. [ríe] Y estos otros, dirigentes avezados, llegaron a conversar con los secretarios de Estado. Entonces aparece la Casa de Chile. (A. H.)

2.4 Casa de Chile. Universidad 1134

Los ex-dirigentes de la UP que llegaron a México promovieron la Casa de Chile en conjunto con diversas instancias del gobierno mexicano convocadas por don Gonzalo Martínez Corbalá, exembajador de México en Chile; personaje que representa la solidaridad con la comunidad del exilio.

Se forma un patronato mexicano y fundan Casa de Chile en esta casa que era rentada. Se rentó la casa para que fuera la sede de Casa de Chile. Avenida Universidad 1134. El patronato estaba encabezado por Martínez Corbalá y el primer director de esta Casa de Chile fue José María Bulnes. Y después ya se hizo cargo de la dirección de Casa de Chile Hugo Miranda, que después fue embajador acá. Pero siempre con el patronato, o sea, Martínez Corbalá estuvo siempre ahí. (A. H.)

Me acordé de un hombre fantástico, un hombre, muy querido por la comunidad, respetado por la comunidad mexicana y en la academia, que era don Pedro Vuskovic, don Pedro, el Tío Pedro que le decíamos todos, fue fundador y el primer director de la Casa de Chile. (M. E. O.)

La Casa funcionó en dos espacios. El primero de ellos se fragmentó en espacio residencial y comercial. Solo queda una parte del jardín, una fuente adornada de azulejos de colores blanco, azul y amarillo, igual que las cuatro

bancas que la rodean y que están construidas sobre el mismo piso de piedra que fundamenta la fuente.

Esta era el casco de una antigua hacienda. Sí, yo me acuerdo. La biblioteca era bellísima, toda recubierta con madera, pero con maderas buenas. Pero esta reja... este edificio... no había nada de esto. Y ahí estaba la casa, esa era la parte del jardín, la parte de atrás si tú entrabas por el otro lado. Esa es la fuente. Estos árboles se conservan todavía, mira la enredadera esa, bellísima, menos mal que la conservaron. Ese árbol también, todavía está, sí. Pero todo lo demás está totalmente transformado por las inmobiliarias. (S. D.)

Hay recuerdos gratos, placenteros y nostálgicos de la comida, de los olores. Pero, también hay recuerdos escabrosos y terribles. La recordación es contradictoria: un lugar seguro, ‘un pedacito de Chile’ y, a la vez, un lugar donde atender las consecuencias del horror desatado por las dictaduras en Latinoamérica.

Me acuerdo que había una cafetería aquí. Tú entrabas y para la izquierda al fondo estaba la cafetería que atendía la Chiquis [...] vendía pan amasado, café y no me acuerdo si había también empanadas. Era como un pedacito de Chile y eso fue una emoción muy grande pa mí. (S. D.)

Cobijamos a grupos de centroamericanos, sobre todo guatemaltecos que tomaron en sus manos la impresión, se especializaron en eso. Cuando fue la invasión de Estados Unidos a Panamá, el bombardeo, también refugiamos un tiempo a los panameños acá [...] porque como éramos privilegiados porque teníamos una casa, pues la compartíamos con grupos de exiliados de otras partes de América Latina. Fue muy impactante para mí que recibíamos a veces gente que venía saliendo de casas de tortura y me acuerdo que eso fue muy impactante también. Recibirlos y sentir el relato que venían saliendo de una situación terriblemente difícil. Eso fue muy trascendental para mí... (S. D.)

Además, llegaban exiliados adultos, adolescentes, niños y bebés. La casa fue un lugar habitado por ellos, fue un lugar de crianza.

La Casa de Chile me dio la posibilidad de que por lo menos Claudia se fuera criando también en un ambiente más chileno, porque Claudia salió a los 6 años y medio de Chile, alcanzó a hacer el preescolar no más. (S. D.)

Durante las décadas de los 70' y 80' los hijos o nietos mexicanos tenían dificultades para reunirse con sus familias extendidas que permanecieron en los países de origen.

Me acuerdo que en esa época a mí no me dejaron entrar a Chile porque yo iba con Ponchito, mi nieto mayor. Y me dijeron que no podía entrar yo porque venía con un niño mexicano y México tenía rotas las relaciones con Chile y que yo no podía entrar porque estaban prohibidas las entradas de mexicanos a Chile y yo le dije ¿qué le va a hacer un niño de tres años, en qué le va a perjudicar a Chile? (A. O.)

La generación más joven de la comunidad del exilio evoca recurrentemente un vínculo con la ciudad y sus habitantes que adquirieron después del terremoto de 1985, durante su participación en diversas brigadas de auxilio a la población del entonces llamado Distrito Federal.

Finalmente, la casa de Universidad 1134 fue requerida por sus dueños para ponerla en venta. El segundo espacio existe todavía; es la sede administrativa del Festival Cervantino de Guanajuato.

2.5 Casa de Chile. Mercaderes 52

En el segundo inmueble se montó una imprenta, oficinas de diversos servicios médicos, como dentista, psicólogo y ortopedista. Además, se realizaron diversos actos culturales.

Lo bueno de esa casa es que tenía como un departamento atrás entonces ahí se llevó todo lo de impresión, porque al final hacíamos los libros ahí. También teníamos en la parte de nosotros de Cultura la tarea de periodismo, de elaborar el informativo y la revista. Pero también editábamos libros, editamos cuarentidos libros de literatura, de poesía. Teníamos un servicio médico general todos los días y servicio especializado algunos días de la semana, como por ejemplo Marcela Silva, que estaba haciendo su residencia de ortopedia, venía una vez a la semana. Teníamos atención psicológica una vez a la semana. Hacíamos actos culturales, actos políticos, actos para la memoria. Las fechas importantes. Se tenían también ciclos de cine, actividad folclórica, la biblioteca que iba mucha gente a consultar, había una bibliotecaria bien buena. Conmemorábamos el 4 de septiembre, el 11, el 26 de junio, presentaciones de libros, actos por Violeta, Neruda... (S. D.)

El final de Casa de Chile se evoca como el resultado de varios factores. Primero, por el retorno masivo. Segundo porque la mayoría de quienes se quedaron no pudieron, o no supieron o no quisieron hacerse cargo de la institución. Tercero, se cansaron de ser siempre los mismos quienes la mantenían andando.

2.6 Centro Cultural El Juglar. Manuel M. Ponce 233

Pasó un lustro aproximadamente hasta que la comunidad que permaneció en México se aglutinó nuevamente en un centro cultural al sur de la ciudad. Una mayoría de familias había retornado y, por otro lado, los nuevos migrantes chilenos eran empresarios, futbolistas y estudiantes universitarios. Los últimos fueron los más afines a la memoria allendista, pero no lo suficiente como para darle fuerza a una organización.

Cuando se logró tener la posibilidad de juntarse aquí, la gente estaba muy contenta. Aquí hicimos muchas actividades culturales también y eso sí es importante comentar, porque más adelante organizamos la Asociación Salvador Allende. (M. E. O.)

Fue en este espacio donde se logró el encuentro entre los hijos del exilio y sus antecesores. Ahí se propició el encuentro inter-generacional, sobre todo, en torno a la práctica artística.

Ahora que llegamos y que nos encontramos la casa me sorprendió que ya no fuera el Centro Cultural El Juglar. Me da un poco de pena su pobre destino de esta casa, porque me da la impresión de que va a terminar demolida, será un edificio de estos gigantes y quedará solo como un recuerdo de lo que fue. Es una casa muy bonita como de los 40, estilo californiano. Yo creo que era una mansión de las de aquí de la glorieta. [...] Había un videoclub, había un teatro que en algún tiempo creo que estuvo bastante movido, después ya tuvo su época abandonado. El video club también, por obvias razones. Me parece un lugar muy bonito y mis recuerdos de aquí... el primer recuerdo es acompañando [...] a montar la cafetería de lo que iba a ser el Centro Cultural, entonces era muy bonito porque era ver cómo iban a poner las cosas y bajar las cajas y cubiertos. La cafetería era padre, tenía muy buen café. Recuerdo que el teatro era como el garage, muy padre porque a alguien se le ocurrió magnífico hacerlo una especie de foro, una caja negra que tenía ahí sus traveses de metal para la iluminación. Funcionaba muy bien para espectáculos pequeños. (C. A.)

Aquí nació nuestro grupo de proyección folclórica Tiempos del Sur, aquí hemos ensayado durante 15 años. Por si no saben aquí abajito hay un teatro, le caben 50 personas a este foro. Hemos hecho actividades culturales muy importantes. Con la Carito Arias, con Santiago Behm, con los muchachos de Katari, con los Raimapu, con un montón de jóvenes que se dedican a las actividades culturales. (M. E. O.)

Allí nació la Asociación Salvador Allende Gossens que tenía como uno de sus objetivos aglutinar a la comunidad del exilio sin importar la militancia o adscripción política.

Entre las promotoras principales estaba la Olquita Illanes, a ella nos sumamos un montón de gente de todos los partidos [...] ella se comprometió a hacer estatutos y ver cómo podía constituirse la Asociación. Se buscó un notario y en su presencia allí en Coyoacán, cada quien tuvo que darse un espacio para ir a firmar el libro de conformación de la Asociación. (N. C.)

Se convocó a una reunión, vino muchísima gente, se había tirado línea más o menos de qué podría ser, cómo podría funcionar, hacer una asociación civil también y cómo podía seguir los pasos de las anteriores casas de Chile para la menor gente que quedaba acá en México; y sí, mira, dio grandes resultados. (M. E. O.)

No hubo acto final ni clausura de El Juglar. No al menos para la comunidad de exiliados que se congregaron allí. Al término del confinamiento por la pandemia de COVID en 2022, el Centro Cultural El Juglar ya no existía. Al momento de redactar este texto no sé y no sabemos qué pasó con él. Es posible que el desarrollo inmobiliario masivo construya algo dejando solo en la memoria a esa casa de estilo californiano con aroma a café, tabaco, libros viejos, periódicos, cintas de películas, maderas, instrumentos musicales, libreros, mesas y sillas, herrerías, alfombras y, en septiembre, a pan amasado, vino y pisco.

2.7 Casa Jaime Sabines. Av. Revolución 1747

En este espacio se realizaron las celebraciones de fiestas patrias. Se organizaba un escenario artístico con una decena de intérpretes, bandas y cuerpos de baile; se presentaron los grupos Katari, Raimapu, Los Zopilotes, entre otros, y solistas como Cacho Duvanced, Caro Arias y más. Se organizaban puestos de comida y se llevaban productos chilenos como playeras, regalos, recuerdos, artesanías y alimentos. En total, contando a los

miembros de la asociación, participaban desde varios cientos de personas hasta poco más de un millar. En este lugar nos re-encontramos los hijos y nietos del exilio. Para algunos miembros de la asociación y sus redes era un espacio para compartir con sus familias y amistades mexicanas.

Las fiestas del 18 realmente fueron muy buenas en general. Tengo que destacar que más o menos el 60 por ciento de asistentes de esas fiestas eran mexicanos y hasta hoy me llaman para preguntarme –¿Cuándo va a ser la fiesta? (N. C.)

A la fiesta del 18 fácil yo llevaba 40 amigos mexicanos, que todavía me llaman para saber cuándo es la fiesta. (M. E. M.)

La comunidad dejó de utilizar este espacio por el cambio de gabinetes políticos del gobierno local y por el cambio de directiva de la asociación. Allí se realizaron las celebraciones del 2009 al 2016.

2.8 Sede del Partido Popular Socialista. Av. Álvaro Obregón 185

La nueva directiva rescató antiguas alianzas que se remontan a las relaciones diplomáticas entre México y Chile de los años 70' y 80'. La última presidenta de la asociación, Sonia Daza, estableció contacto con los entonces dirigentes del Partido Popular Socialista de México con el fin de solicitar el uso del Auditorio Vicente Lombardo Toledano para realizar los actos de fiestas patrias de los años 2017 a 2019, y del Salón de actos Compañero Presidente Salvador Allende para realizar diversos actos conmemorativos como el día internacional de la mujer, el triunfo de la Unidad Popular, el natalicio de Salvador Allende, la conmemoración del Golpe de Estado y las fiestas patrias del 18 de septiembre.

3. Conclusiones

Como todas, la historia del exilio chileno en México es un material integrado por multitud de filamentos. Estos los recogí en forma de testimonios, pero no unidos ni de una sola vez, sino en diversos encuentros y charlas particulares con sus protagonistas que me fueron proporcionando poco a poco los hilos, cortos y largos. Al final, me quedé yo solo, en silencio, con la responsabilidad de entretejerlos, de convertirlos en una trama. Este texto presenta tan solo una parte de ella; su estudio es más extenso.

Fui ordenando estas variadas madejas sobre un bastidor común: los espacios compartidos de la Ciudad de México, porque en cada declarante,

en cada identidad, la ciudad se representó recurrentemente en ellos. Luego, en el horizonte general del exilio, fui ubicando las trayectorias individuales y contrastando las voces que siempre muestran tensiones y contradicciones; estos claroscuros que, en la uniformidad del conjunto, revelan sus perfiles característicos y singulares. El exilio chileno se fue integrando en una tela comunitaria formada por anudamientos de personas que nunca depusieron sus individualidades.

Tales disparidades se manifiestan, por ejemplo, en el plano factual; aunque todos arribaron entre 1973 y 1974, no siempre hay coincidencias sobre los días exactos de estos sucesos; tampoco son unánimes en cuanto a los nombres de los hoteles que los alojaron o respecto de la secuencia cronológica de quienes luego presidieron la Casa de Chile. La historia y la recordación, la práctica de relatarse a uno mismo, no siempre tiene que ver con la lógica puntual y fría de los hechos pasados, sino más bien con la peculiar emoción que hace la memoria de aquel que evoca, cuyos contornos son más difusos, pero también más entrañables. Por ello lo importante del relato es la concreción o materialización de la experiencia, de las condiciones de salida al exilio, de la llegada al lugar de acogida, de la permanencia en él y de la perspectiva o la imposibilidad del retorno. La efeméride de haber llegado al aeropuerto de México el 13 o el 16 de diciembre resulta irrelevante frente a la angustia y el dramatismo de escapar sin más posesiones que la ropa que se viste y los recuerdos. Pero como invariablemente ocurre, al paso del rasero temporal, el apremio y la incertidumbre, devendrían en los asideros estables de la cotidianidad, la familia y el hogar.

En cuanto a los resultados de la experiencia individual del proceso del exilio, también se perciben desemejanzas. Hay personas que todavía se consideran exiliadas; sin importar cuáles sean las condiciones prevaletientes hoy en día en Chile, se asumen imposibilitadas para regresar a él. Lo que se yergue entre ellos y su patria no es ya un régimen asesino que los persigue, sino una formidable muralla interior –no menos real— que solo les permite atisbar desde la memoria aquel mundo que perdieron un 11 de septiembre de 1973. Y aunque no haya forma de recuperarlo, no han abjurado de su nacionalidad. Otros y otras piensan en sí mismos como ‘exiliados parciales’. El acto voluntario de aferrarse a la parte de su historia que los obligó a abandonar el terruño no ha sido un obstáculo para aceptar su presente. Sin embargo, saben que las manecillas de su reloj vital no se juntarán jamás: una de ellas quedó fija en Chile, la otra ha girado libremente desde que llegaron a México. Finalmente, un tercer bloque se auto-reconoce como mexicano, incluso como chilango, porque se ha fundido y compenetrado con el país de acogida. No solo tienen el pasaporte verde con el escudo del águila, sino que también han hecho suyos el léxico, el acento y los modales de los demás habitantes del valle de México, que hoy son sus paisanos.

Sobre todo, en el caso de los militantes de izquierda, los episodios y experiencias que rodearon al exilio fueron un balde de agua fría para sus sueños de igualdad, porque las divisiones de clase afloraron en diversas circunstancias. En la hora temprana, un centenar de refugiados abarrotaron la embajada de México en Santiago: las escaleras y pasillos hicieron las veces de dormitorio común y todos compartieron un único baño; no obstante, un grupúsculo selecto alcanzó el beneficio de una habitación para cuatro personas, con baño privado. Ya en México, la mayoría de los exiliados fueron a vivir a la unidad Iztapalapa. Por compromiso político muchos permanecieron allí, aun teniendo la oportunidad de mudarse a departamentos o casas más amplios en céntricas colonias residenciales de mayor nivel. Aunque hubo algunos privilegiados que se trasladaron a Villa Olímpica.

A este respecto, viene al caso señalar que, junto con la base de militantes, muchos chilenos que no eran perseguidos políticos también salieron del país durante los 70; pero no hay manera de documentarlo en registros ni de contabilizarlo con precisión. Entre unos y otros, naturalmente, hubo diferencias: un más acendrado sentido comunitario entre los militantes y una tendencia más individualista entre quienes solo migraron; esto fue un contratiempo de peso a la hora de crear un organismo o institución que conjuntara a los exiliados como fue la Casa de España en México.

No obstante, la ulterior organización del exilio chileno también puso de manifiesto otras diferencias como la discriminación por género que, por cierto, no es privativa de México ni de Chile, sino muy propia de toda América Latina. Durante la fase de institucionalización de Casa de Chile, la preocupación central fue conseguir puestos de trabajo para los compañeros, no para las compañeras. El pensamiento 'de avanzada' no logró remontar el atavismo de que es el varón, y no la mujer, quien provee el sustento del hogar.

Por último, la extinción de la Casa de Chile es para muchos el sonado fracaso de la organización del exilio, cuestión que se atribuye a varios factores. Primero, a que siempre eran 'los mismos' los que asumían responsabilidades y sacaban adelante el trabajo; segundo, a que a partir de 1989 se generó el fenómeno de la repatriación de muchos exiliados. Como sea, la comunidad de la Ciudad de México se encogió y fueron escasas las personas capaces o dispuestas a trabajar en la casa. A la postre, el gobierno mexicano cortó el financiamiento y no hubo el compromiso colectivo suficiente para mantenerla viva.

A diferencia de nuestros padres, los hijos del exilio carecemos de una auténtica estructura comunitaria. No heredamos partidos ni militancias; no tenemos un lugar de memoria colectiva por mucho que El Juglar haya sido un espacio de encuentro inter-generacional. Sin embargo, algunos nos reconocemos, sobre todo quienes somos hijos de militantes y ex-militantes de alguno de los partidos que conformaban la UP. Nosotros sí estamos arraigados a esta ciudad por derecho propio y representamos el anclaje a ella para nuestras madres y padres, porque si algunos de estos no retornaron a Chile fue solo para no convertirnos a nosotros en desterrados. Nuestra casa y nuestra leche materna nos ligan a Chile, nuestra crianza y entorno, a México. Por citar una añeja expresión novohispana, ‘estamos en Nepantla’, en la ambigüedad, con un pie aquí y el otro allá.

Como sea, para esta generación nacida en México, el gentilicio adecuado no es ‘chilango’, sino ‘chilengo’. Porque para quienes han aportado estos testimonios, el primer vocablo alude a aquel que, independientemente de su lugar de origen, reside en la Ciudad de México (antes Distrito Federal). En este sentido, los exiliados o migrantes que aquí habitan serían chilangos. En cambio, el ‘defeño’³ es el nativo de la urbe, sin importar el sitio donde radique. Entonces, los hijos del exilio aquí nacidos serían ‘defeños’, o mejor aún, de acuerdo con una sugerencia del músico mexicano Francisco Barrios “El mastuerzo”, serían ‘chileños’, es decir, chilenos nacidos en CDMX. De ahí que el término ‘chilengo’ o ‘chileño’ habla del vínculo humano entre Chile y la Ciudad de México. No está de más señalar que tales conceptos son propios del ‘gueto’ –no de los diccionarios– y que su análisis es descriptivo, no prescriptivo; no obstante, no se puede pasar por alto que las palabras crean realidades.

Una última pregunta: ¿qué explica la permanencia en México de algunos grupos familiares chilenos? En algunos casos que, entre 1973 y 1988-89, el Estado chileno impidió la reunión de familias; en otros que entre los propios interesados no hubo interés o recursos para viajar a Chile. Además, cierto número de familias se reprodujo y creció en México, enraizándose con lo local. Para otras, Chile era, y sigue siendo, un destino demasiado caro en el mercado de vuelos internacionales. Algunos más renunciaron a salir por compromisos laborales. Por otro lado, con el tiempo, para un centenar de familias, el territorio chileno fue quedando solo relegado a la memoria, un lugar imposible o imaginado que únicamente se hacía presente en el calendario anual de conmemoraciones o actos de evocación realizados por la comunidad en el exilio. Hubo quienes sí intentaron volver, pero solo para encontrarse con un país ajeno. Para ellos rige el retorno imposible, porque

³ Este concepto está íntimamente ligado al topónimo ‘Distrito Federal’, actualmente en desuso.

nadie puede poner los pies en un lugar fantasmagórico cuya existencia solo se da en la memoria.

A 50 años del golpe diversos grupos de chilenos, la representación diplomática de la embajada de Chile en México e instituciones políticas y sociales mexicanas están generando actividades conmemorativas. Vivimos una época de *transmediación* de la memoria y su transición a la historia, esto quiere decir que la experiencia del exilio se representa en relatos, textos, imágenes, audios, música, documentales, obras, conversatorios, conferencias, seminarios, muestras, exposiciones, galerías, museos... una experiencia que se transforma finalmente en memoria cultural y, en ciertos casos una producción de memoria que responde a lógicas publicitarias o modas académicas. No obstante, este trabajo se inscribe más bien en una *praxis* de memoria; una práctica de la memoria como dominio de la oralidad y lo cotidiano que se da en el encuentro, en el relato compartido, entre un alguien que recuerda y un alguien que escucha.

Una *coda* inesperada es que este material sirvió de plataforma para realizar una serie de eventos conmemorativos con el patrocinio de la embajada de Chile en México. El título del proyecto es “Ruta de la Memoria del Exilio Chileno en México”. El primer evento se realizó en el Gran Hotel de la Ciudad de México; el segundo en Utopía Cuauhtlicalli de la alcaldía Iztapalapa; y el tercero en la segunda Casa de Chile. Los tres eventos se realizaron como actos de memoria testimonial y musical, o sea, en cada acto se compartieron testimonios y recuerdos orales o escritos de quienes transitaron esta ruta; luego, los músicos invitados, que también estuvieron ahí o fueron parte de la ruta, interpretaron repertorios conocidos así como composiciones de música chilena hecha en México. Este proyecto propició el re-encuentro de personas exiliadas y el ejemplo más notable de ello es la organización que realizó Fernando Rodríguez Valdéz, acordeonista que vive en Texcoco y que, junto al resto de familias chilenas que habitan en dicho municipio del Estado de México, organizaron una conmemoración para agradecer al gobierno de Texcoco por acoger y brindarle oportunidades de vida a sus familias. Este sería un nuevo lugar de la ruta: “Texcoco” y como tal, quedará pendiente la realización de un trabajo así como se hizo con los demás lugares brevemente expuestos en este texto. Por último, la investigación que aquí se presenta en parte, también sirvió de plataforma para enriquecer las tareas conmemorativas que realizan diversas instituciones mexicanas como la Secretaría de Relaciones Exteriores de México y el Archivo General de la Nación, en memoria de los 50 años del golpe de estado cívico y militar de 1973 en Chile. Por ejemplo, el presente trabajo colaboró en la realización de una exposición titulada “50 años del golpe de estado en Chile y la solidaridad de México”, instalada en el Ex-colegio de la Santa Cruz de Tlatelolco en la Plaza de las Tres Culturas.

Estas colaboraciones, así como los hallazgos de esta y otras investigaciones dan cuenta de una gran diversidad de evidencias que invitan a reflexionar sobre el tema que se conmemora, especialmente porque una gran parte de la población en Chile no sabe ni recuerda qué fue la Unidad Popular y cómo fue la reacción de quienes implementaron una política genocida durante la dictadura. Estas colaboraciones aluden al desconocimiento y a la memoria impedida que operó en Chile y también en México durante estos últimos 50 años. Que nunca más pase que no tengamos las imágenes, los audios, los testimonios y los objetos de lo que sucedió; y que no pase, como en el caso chileno, que otra gente del mundo las conoció primero que nosotros en Chile.

Ese es un ejercicio de memoria que todas y todos necesitamos, eso es lo que destacamos hoy día, un ejercicio de memoria para que nunca más algo como eso pase, que el propio país no tenga las imágenes de su propia historia. (B. S.)⁴

⁴ Comunicación pública de la embajadora de Chile en México durante la inauguración de un acto conmemorativo de los 50 años en la Cineteca Nacional de México el 18 de abril de 2023. Lugar en que fue exhibido el documental *Chile, el gran desafío* realizado en 1973 por Álvaro Covacevich.